Vamos que tomó el remedio
Tan de veras la tal ninfa,
Que no bien llegó su amado
Cuando ¡zas! se la encapilla.

Pero estaba envenenada
Con depravada malicia;
Así, que perdió su amor
Quitando al héroe la vida.

Líbrenos Dios de regalos
De una mujer ofendida,
Si producen el efecto
Que tuvo el de Dejanira.

LOS DOS PERROS.

Un perrillo criado en la abundancia
Harto mimado de un benigno dueño,
Amistad estrechísima contrajo
Con otro vagabundo pordiosero.
Este probó, (segun comun estilo)
Ser pariente inmediato del gozquesno
(¡Del que tiene que dar, por fuerza, todos
Parientes quieren ser; hasta los perros...!
El incauto, á su cólega guardaba
Del pollo y pavo los jugosos huesos,
Y apartaba tambien con gusto sumo
La mejor rebanada de carnero;
Mas como en esta vida todo acaba,
(Menos los males, porque son eternos)
Murió el único amo del perrillo,
Y allí empezó de padecer el tiempo.
El desdichado andaba día y noche
Por conseguir el mísero alimento:
Buscaba su pariente ¡Dios lo libre!
¿Quién tiene con los pobres parentesco?
Una noche encontrólo por acaso,
¡Y en qué buena ocasión! salía el podenco
De un rastro, sustentando en el hocico
Media cabeza de un rollizo cerdo.
—«¡Caro amigo... pariente... Dios te guarde!»
Dijo de gozo inexplicable lleno;
Y engrifándose aquel contesta:—«Aparta,
Si alguna vez te he visto, no me acuerdo:
No te conozco, yo no tengo amigos,
Ni parientes tampoco de tu pelo;
Toda mi parentela es de alta alcunia
(Porque hay tambien aristocracia en ellos.)
Conque, pasa adelante y no me enfades.»
Dijo, y su marcha continuó gruñendo.
El otro que oyó tal, quedó pasmado,
Sin poder contestar, de sentimiento.

Si los perros aprenden de los hombes
Y en pérfido egoismo son expertos
No pasando de simples aprendices:
¿Qué se debe esperar de sus maestros?

MORALIDAD.

Dice Ariaza, que de Apeles
Un zapato censuró
Cierto cosedor de pieles,
Y el artista lo enmendó
Con sus divinos pinceles.

Mas que luego el mentecato
Quiso escarnecer prolijo
Lo más bello del retrato,
Y aquel con desdén le dijo:
—«*Zapatero á tu zapato.*»

Los que sin conocimiento,
Ansiando que los alaben
Por hombres de entendimiento,
Critican lo que no saben;
Pueden aplicarse el cuento.

SIEMPRE HAY ALGO QUE APRENDER.

Tan expuesto en ciertos tiempos
El ser consejero es,
Que hasta del mar en el fondo
Chascos suelen suceder.
Y si incrédulos algunos
Dudan de mi buena fé,
Como escuchen con paciencia,
Les tengo un cuento de hacer.
«Pues, señores; un pez viejo
Que nietos tuviera cien,
Consejos les daba á todos
De una verde roca al pié.
Cuando viéreis, les decia,
En la punta de un cordel
Puesto exquisito bocado,
No lo llegueis á comer.
Dadle con la cola antes,
Y si lo zafais, despues
Que lo separeis gran trecho,
Podeis embestir con él.

Cuando viéreis muchas manos
Una gran manta tender,
Meteos en vuestras cuevas
Porque aquello es una red.
Si veis de juncos formado
Una especie de tonel,
No entreis, porque es una nasa
Donde vais á perecer.»
Absortos estaban todos
Oyendo con ciega fé,
Cuando ¡zas...! cae una fisga
Y me ensarta al viejo pez.
Mientras el mísero en vano
Se quiso en salvo poner,
Asustados los chiquillos
Escaparon en tropel.
Y alcazando sus guaridas
Como Dios les dió á entender,
Le gritaban:—«Abuelito,
Eso lo ignoraba usted.»

Piensan algunos, que todo
Se sabe por la vejez,
Sin advertir que en la vida
Siempre hay algo que aprender.

UN SÍMIL.

Sobre la verde yerba
De una feráz campiña,
Sentado estaba un jóven
A tiempo que en ocaso el Sol se hundía.
Cerca de él un anciano
De frente noble, altiva,
Con dulce voz le daba
De sublime moral lecciones divas.
No de los dos muy lejos,
Un mortal se divisa,
Tomando gruesos riscos
Que en un ancho costal introducía.
Siempre que el peso enorme
Levantar imagina,
Sus fuerzas le abandonan,
Y en vano brega, pugna y se fatiga.
Cada vez que de nuevo
A suspenderlo aspira,
En vez de aligerarlo
Otro peñasco en el costal ponía.
—«¡Temerario imprudente!
(Al verlo el jóven grita)
¿No ves que de ese modo
Cada vez más el logro imposiblitas?»
—«Calla, dijo el anciano,
¿Que es demencia imaginas,
Una añeja costumbre
Que en el mundo se ve todos los días?
El hombre que el sendero
De la maldad camina,
Con el primer delito
Apenas puede, tiembla y se intimida.
Para acallar las voces
De su conciencia esquiva,
Muy propio le parece
Echarse á cuestas otra acción impía.
Así va recargando
De crímenes su vida,
Y arrastra una existencia
De paz y gloria y de virtud extinta.
Hasta que llega el colmo,
Y la Eterna Justicia,
Le hace caer rendido
Al peso atroz de sus maldades mismas.»

Besó el jóven la mano
De su mentor benigno,
Y á la tierra, humilde
Baja pensando la modesta vista.

—

¡Oprimid la inocencia,
Almas bajas é inícuas,
Llenad vuestros costales,
Hartaos de estragos, fariseos y escribas!
Que el día irremisible
De la eternal justicia
Vendrá, y ¡ay de vosotros
Cuando amanezca aquel tremendo día!

LA JUSTICIA.

Entre un bosque impenetrable
Cuyas hojas son espinas,
Hay un espacio pequeño
De figura semicírcula.
Varias fantásticas sombras
En torno de un genio giran,
Son la maldad, la impostura,
El engaño, la mentira,
Y toda la turba horrible
De aquellas razas malditas,
Que ocupan en el Averno
Las más altas gerarquías.
Tiene una espada en su diestra
La que está en el centro fija,
De plomo sus plantas son,
Y una balanza torcida.
No lejos de allí, llorosa
Se queja una tierna niña;
Vuelve la deidad el rostro,
Le tiende su mano amiga;
Pero entónces el concurso
Canta, y cúbrenle la vista
Las nieblas de la calumnia
Y el velo de la malicia.
Confúndense los lamentos
En la horrenda algarabía,
Y siempre que á clamar torna,
Repiten la escena misma.
Es la niña la Inocencia,
Y en tanto que el mundo exista,
Estará con las maldades
En esta lucha contínua.
Ahora direis:—«Esa diosa
Que está en el centro tranquila,
Sorda á los agudos ayes
De la inocencia oprimida;
Es sin duda la indolencia,
La crueldad, ó la avaricia
Que es la mayor de las furias.»
—No señor, es la *Justicia*.

EL GALLO SABIO.

A un famoso gallo viejo
Preguntaba un pollo jóven,
Cómo había conseguido
Salir vivo en tantos choques.
El viejo, que era un marrajo
Con más trastienda que acciones,
Contestó:—«Si de invencible
Quieres alcanzar renombre,
Ten presente las astucias
De que me he valido. Oye:
Cual suele decirse, á mano
Un caballero crióme;
Siempre hablaba de florete,
Espada, tajos, mandobles;
Pero jamás hubo riña
A no ser con acreedores,

Y eso tampoco de armas
Sino de malas razones.
Con todo, como era nieto
De marqueses y de condes,
Tenía una ejecutoria
Tamaña, llena de honores.
Yo que tales cosas ví,
Dije para mi capote:
«¿A tantas estamos...? ¡bravo!
Sírvame aquesto de norte.»
Probé que mi padre era
El gallo pinto más noble
Que han visto salir del huevo
Las carboneras de Lóndres.
Echaba á mi dueño el ala
Haciendo mil contorsiones,
Cantaba como un clarin,
Y era invencible en los topes.
La única vez que lidié
Fingí de tijera un golpe:
Como andaba por el suelo
Mi contrario, descuidóse
Donde menos lo esperaba,
Piquélo por el cogote,
Y le introduje en el buche
Sin piedad los espolones.
¡Dios eterno...! Qué algazara
Armaron los jugadores...
«¡Ese es bueno, ese merece
Jugarse con mil doblones...!»
«¡Este ha nacido en mi casa!»
Exclamaba el amo á voces,
Como si la cuna diera
Grandeza á los corazones.
Cubierto con su pañuelo
Torné á mi casilla, en donde
Me dieron yemas cocidas
En comederos de aloe.
Despues siempre estuve malo
Cuando de reñir tratóse,
Soltáronme á padre, y vivo
Como un Sultan. Desde entonces,
Si he de dar crédito al amo,
He menester más de doce,
Y estoy cierto que al morir
Me hará una efigie de bronce.
Todos me llaman el gallo
Más bravo que se conoce,
Y me atribuyen hazañas,
Que asustan al que las oye;
Mientras otros de mi tiempo
Que en la lid fueron leones
Se han puesto viejos peleando
Y han muerto de luchadores.
Busca el modo de caer
En gracia de tus señores;
Adquiere fama y descansa,
Que lo mismo son los hombres.»

A NADIE LE FALTA DIOS.

La lámpara y la redoma
Formaron cruda cuestión
Por averiguar cuál era
La más útil de las dos.
—«Sin mí, la primera dijo,
Yacieras en un rincón,
Porque ¿de qué diablos sirves
No estando en tu centro yo?»
—«Nada fueras tú sin mí,
(La segunda contestó)
Pues cualquier soplo lijero
Apagara tu fulgor.»
En fin, se dijeron tanto,
Que la cosa terminó
Por separar compañía
Y andar del berrro á la flor.
La lámpara á poco tiempo
Otra redoma encontró,
Y la redoma otra luz
Que le pareció mejor.
Cuando dos se han menester,
El separarse es error;
Y más error, pensar uno
Que el otro sin él murió.
Es preciso dar lo menos
Por gozar el bien mayor,
Y además; estar seguro
Que á nadie le falta Dios.

EL PERRO DE AMARILIS.

La encantadora Amarilis
Tiene un perrillo faldero,
Que segun cuenta ella misma
Le regaló un palaciego.
Y á fé que no era preciso
Para confirmar el hecho,
Al notar sus propiedades,
La anticipación del cuento.
Si llega á la puerta un pobre,
Se lanza sobre él soberbio,
Le acomete, ladra, y gruñe
Hasta que abandone el puesto;
Mas cuando se acerca alguno
De ricas galas cubierto,
Le hace fiestas, le acaricia
Y enloquece de contento.
Si advierte que sus bolsillos
Están de monedas llenos,
Le acompaña hasta su casa,
Y no torna en mucho tiempo.
Amarilis rie mucho,
Y suele exclamar riendo:
—«¡Se conoce que entre hombres
Está educado mi perro!»

LA VERDAD.

En una casa arruinada
Guarecióse un gato hambriento:
(Habría allí madriguera
De ratones, por supuesto).
Hizo tal carnicería
De aquellos más inespertos,
Que no hubo quien asomara
La cabeza al poco tiempo.
La hambre carece de ley;
Este es sólido argumento,
Y antes que morir así
Hubo ratonil consejo.
Nombraron á un jóven vivo
Para buscar bastimentos,
(Y en verdad que esta ocasión
No anduvo errado el congreso).
Mil expediciones hizo
Todas con feliz efecto,
Hasta que en una encontró
Con su antagonista fiero.
Allí fueron los recursos,
Allí los ardides fueron,
Porque si era fuerte el gato
Era el raton sabio y diestro.
Despues de mil falsos brincos
Y mil ficticios rodeos,
En el corral inmediato
Oyó que ladraba un perro.
La cerca rápido gana
Por un invisible hueco,
Sin reflexion, por encima
Salta ráudo el gato hambriento.
Entre las piernas del can
Desparece el ratonzuelo:
Su contrario le persigue;
Mas le apresa el can, y... es muerto.
Vuelve á su cueva el raton
Por ignorados senderos,
Cuenta su triunfo, y absorto
Le aplaude el ratonil pueblo.
No hay caso, si un poderoso
Me ataca contra derecho,
Me amparo de su enemigo
Más potente, y gano el pleito.

LA PROTECCIÓN.

Érase un hombre tranquilo
De estos locos encubiertos
Que con todo el mundo tratan
Y parece que están cuerdos.
Habíala tomado el tal
Por ser humano en extremo,
Hasta el punto, que encontrando
Un alacrán en su lecho
Atóle del rabo un hilo,
Domesticarlo creyendo,
Y por no verle morir
Andaba á caza de insectos.
Una oruga, que segun
Sus razones vereis luego,
Parece que era doctora
Entre los animalejos,
Le dijo:—«¿Con que á nosotros
Que ningun daño te hacemos,
Nos matas por conservar
La existencia de un perverso?
Si te inspira compasión
Ese mónstruo informe y feo,
¿Porqué nuestra triste vida
No te causa el mismo efecto?»
Bien pudiera haber cedido
A tan sencillo argumento;
Mas tomado el hombre habia
Por su protegido, empeño.
Murió la mísera oruga,
Y otros mil bichos murieron;
Por más que hicieron algunos
Para convencerle, esfuerzos.

Así son las protecciones
De los grandes; no hay remedio,
Viva á gusto el favorito
Y perezca el universo.

MI NO SÉ QUÉ HA RICHO.

En la bulliciosa
Tarde de un domingo,
Cuando los etiopes
Con fláutas y pitos,
Y atambores bailan
Y cantan reunidos:

Un capataz viejo,
Por sabio tenido,
(Siguiendo la moda
Que tanto ha cundido
De fingirse doctos
Hasta los borricos),

—«¡Chilencho, parente!»
En alta voz dijo.
Calláronse todos
Con ánsias de oirlo,
Y él, desde una mesa
Su discurso hizo.

Mujió como toro,
Silbó como grillo,
Cantó como gallo,
Brincó como chivo.
Concluyó á la hora,
Y en todo el cabildo
Sonaron aplausos,
¡Eso era prodigio!
Mas como no fuese
De nadie entendido,
Al salir, hablando
Con él sus amigos,
Pregúntanle todos:
—«¿Capatá, qué rijo?»
Y él les contestaba:
—«Mi no sé qué ha richo.»

¡Cuántos escritores
De soberbia henchidos,
Publican discursos,
Al mar parecidos
En que no conocen
Ni fin ni principio!
Y si les preguntan
Su fiel contenido,
Dirán como el negro:
—«Yo no sé qué he dicho»

LA FORTUNA.

Discurriendo afanoso
Por las cortantes peñas
De una marina playa,
Un hombre se desvela.
A lo lejos, sentado
Sobre menuda arena,
Otro mortal, tranquilo
La inmensidad contempla.
El primero es un lobo,
Un tigre, una pantera;
En fin un egoista,
El otro es un poeta.
Aquél busca un tesoro,
Éste ambiciona ideas
Para llenar su mente
De inspiraciones nuevas.
Dos veces por su lado
Pasar la ve y desprecia;
Pero cuando á su espalda
Toca la vez tercera,
Ve que una mansa ola,
Sobre la blanca arena
Junto á sus piés arroja
La más hermosa perla.
El egoista entonces
Golpeándose en la tierra,
Profano al cielo insulta
Por su desdicha fiera;
Mas la fortuna en tanto
Apareció risueña,
Y deteniendo al punto
El giro de su rueda,

Le dijo:—«Miserable,
En vano trás mí vuelas;
No soy de quién me busca
Sino de quien me encuentra.»

LA COTORRA SABIA.

Al pié de una verde seiba,
Donde su nido plantó
Una paloma inocente
En compañía de su amor;
Armado de su escopeta
Llegar á un montero vió,
Y alzando asustada el vuelo
Fuese á posar á un *piñón*.
De allí con tristes arrullos,
Llena de pena y candor,
Por ver si le enternecía,
De aqueste modo le habló:
—«Déjame volver al nido,
No me mates, cazador,
Mira que en él se me quedan
Dos prendas del corazón.
Cuando los haya criado
Y puedan volar los dos,
Aunque la muerte me dés,
Será menos mi dolor.
Si tienes hijos y esposa
Imagina mi aflicción:
Por todos ellos te ruego,
Me concedas el perdon.»
Una cotorra que acaso
Tomaba en un pino el Sol,
Le dijo:—«Aléjate, incáuta,
Perdidos tus ruegos son:
Con que ellos que hablan lo mismo;
Y adoran un mismo Dios,
En vez de prestarse amparo,
Se devoran con furor.
¿Y tú, que ignoran tu idioma,
Quieres que entiendan tu voz?
¡Ay de tí, si hallar pretendes
En los hombres compasión!»
Halló prudente el consejo
La tórtola; lo tomó,
Y alejóse hasta dar treguas
Que se fuese el cazador.

Esta cotorra, parece
Que entre los hombres vivió;
Y en verdad, que un sabio de ellos
No hubiera hablado mejor.

LA CAPA Y LAS BOTAS.

Tiene Fileno una capa
Del mejor paño de Europa;
Pero tan descolorida
La ha puesto el tiempo, y tan rota,
Que no le es posible usarla,
Porque si llueve, se moja
El que la lleve; y si hay frío,
Por donde quiera entra el Bóreas.
Unas botas tambien tiene
De la edad misma y vitela,
Así están siempre colgadas
En la pared ambas cosas.
Do quier que charlar se ofrece
Atento á calzado y ropa,
Que tiene botas y capa
Dice Fileno en voz pópula.
El que sin verlas, lo oyere,
Las tendrá por prendas propias
Para servirse de ellas;
Mas el que las viere y oiga,
Dirá cual yo: que en el mundo
Hay aplaudidas personas
Que sirven para colgadas
Como la capa y las botas.

LA CORONA DE INÉS.

De azucenas coronada
Iba del Sol al nacer,
Por la ribera del Cauto
La linda veguera Inés.
Amorosos versos canta,
Hiriendo el tiple á la vez,
Y satisfecha se entona
En saber que lo hace bien.
Al pasar junto á la orilla,
En la rama de un laurel
Enredóse la corona,
Y á dar en las ondas fué.
Tiróse un caiman á ella
Apenas la vió caer,
Y parecieron las flores
Llenas de cieno despues.
Así como la corona
Que puesta llevara Inés
Son las glorias de la vida
Si con reflexión se ven.
Un impensado accidente
Puede hacerlas descender
Desde una vírgen á un mónstruo,
Del Sol, á la lobreguez.
Hombres, no os envanezcais,
Pues de estos ejemplos cien
Presenciais á cada instante,
Y se os olvidan después.

EL FALSO PINTOR.

Cada hombre tiene su flaco,
Y algunos con tanto extremo,
Que bien pueden titularse
De tísicos intelectos.
De estos tales hubo uno,
Que, habiendo heredado medios,
Le dió por ser gran pintor
A costa de sus talegos;
Así que se le encargaba
Un cuadro, por cualquier precio
Lo tomaba de un artista,
Dándolo por suyo luego.
Mas como todo es instable,
Y más que todo el dinero,
Se concluyó el capital,
Y el sandio fué descubierto
Un poeta que escuchaba
La historia del pintor necio
Dijo:—«Vaya, ese pintaba
Como algunos hacen versos.

EL GUAPO.

Andrés era un valentón
Tan respetado en Jerez,
Que del Cid no se contaban
Más hazañas que de él.
Revuelto en su parda capa,
Que era cotidiano arnés,
Con su habano siempre ardiendo
Y su estache calañéz,
De juego en juego vagaba
Y de burdel en burdel,
Allá cobrando el barato
Para *echar la otra* despues.
Nunca se vió que á ninguno
Hiciera ni mal ni bien;
Así que su fama era
No más que entre dos ó tres.
Cierta noche que se hallaba
Refiriendo, que una vez
Cuatro muertes había hecho;
Pillólo infragrante un juez
Y le dijo:—«Señor guapo,
Acompáñenos usted;
Pues voy de un valiente en busca,
Que me precisa prender.»
Quedóse nuestro Bernardo
Como quien visiones ve,
Y confesó, que era bueno
Cuando más para correr.
—«¿Pues no dice usted que hizo,
Cuatro muertes una vez?»
—«Sí, señor, pero las hice
Pintadas en la pared.»
—«Anda á trabajar, tunante,
(Dijo empujándole aquel)
Que has sabido con tu charla
Pasar por guapo en Jerez.»
En todas las profesiones
Hay hombres de este jaez,
Que hacen obras en pintura
Como las muertes de Andrés.

EL GATO PEDANTE.

Cierto señor rico tonto,
Con humos de literato,
Que diez mil libros tenía
De los autores más sabios;
Sin que hubiese abierto uno
Siquiera para mirarlo,
Tenia una quinta hermosa
Y en la biblioteca un gato.
Al animalito un día
Tentóle sin duda el diablo,
Saltó las tapias lijero
Y fuese á correr al campo.
Sobre un álamo entonaba
La alondra su dulce canto,
Y mil melodiosas aves
La tributaban aplausos.
Llegóse el gato; observólas,
Y con desdén afectado
En imperativo tono
Les dijo:—«Sois unos sandios;
Yo sé todos los autores
Que de música han tratado,
Y esa no da ni un acento
Que sirva para escucharlo.»
Un perro que al gato oía,
De la misma casa y amo,
Contestó:—«Calla mostrenco,
¿Qué estás de autores hablando?
Tú repetirás sus nombres
Porque has oído mentarlos,
Pero de lo que han escrito
No has visto nunca un vocablo.»
El pedante que se vió
Tan en lo vivo atacado,
Fuese escurriendo pianito
Hasta que se puso en salvo.
Cuántos críticos tenemos
Grandes autores citando,
Que han visto las tales obras
Por el forro, como el gato.

EL MONO ESCARMENTADO.

Hiciéronse amigos,
(Segun cuenta Esopo)
Un manso cordero
Y un burlesco mono.
El primero estuvo
Por tiempo muy corto,
De visita en casa
Del lijero joco;
Este, por pagarle,
Pasó al bosque umbroso
Do aquel poseía
De pasto un tesoro.
Cuando más tranquilos
Se hallaban, un lobo
Pescó al visitante,
Descuidado y solo.
Escapó ligero,
Pero no tan pronto
Que salvar pudiera
Sin lesión el lomo.
Volvióse á sus lares,
Y el cordero, ansioso,
Para que volviese
Le instaba sin dolo;
Mas él respondía
—«¡Pasear entre lobos!
Eso no es conmigo;
Que vayan los tontos.»
De aquí en adelante
Cuando cariñoso
Me convide alguno
Para estos negocios;
Diré en mis adentros
Finjiéndome sordo:
«Eso no es conmigo,»
Como dijo el mono.

EL SOMBRERO Y LA MEDIA.

Una media que yacía
Quieta en una claraboya,
Vió cerca de sí, colgado,
Un gran sombrero de moda.
—«¿Qué hermoso estás, buen amigo?»
Le dijo; pero en mal hora,
Porque éste, doblando el ala,
Y estremeciendo la copa,
A guisa de hombre engreído
Que pone la vista hosca
Cuando escucha de algun pobre
Expresiones que le chocan,
Le contestó:—«Mira, *tusa*,
A ver si callas la boca.
¿De cuándo acá, yo tu amigo?
Aparte la muy churrosa;
Hay notable diferencia
Entre los dos, habladora:
Tú siempre cerca del suelo
Anduviste hasta estar rota,
Y yo de mi dueño soy
Limpia y brillante corona.
¿No me ves engalanado
De hebilla, cintas y borlas?
Con el más suave cepillo
Mi fino pelo se frota,
Y en mi interior siempre bullen
Mil esencias olorosas.
¿Qué hay de comun entre nos?
¡Sus... noramala, churrosa!
Quedóse la pobre media
Más corrida que una mona.
Al cabo de algunos meses
Mudó el señor de corona:
De borla, cintas y hebilla
A mi sombrero despojan.
Heredáronle los siervos,
Quienes á vuelta de pocas

Semanas hicieron de él,
Jabuco de extraña forma.
Para algodon del tintero
El amo la media toma,
Y á su escritorio la lleva
En áurea vasija hermosa.
Cierto día que un criado
Al despuntar de la Aurora
Entró á barrer, prevenido
De agua, jabuco y escoba:
Sacó la media una punta,
Y con retintin y sorna,
Como muger desairada
Que tarde ó nunca perdona
Dijo—«¡Bravo caballero!
¡Señor don finchado, ola!
¿Qué planeta del vacío
A eclipsar vino su gloria?
¡Qué linda estampa ha tomado!
¡El diablo que le conozca!
¡Ya lleva borde por alas,
Y en vez de cinta una soga!
¿Dónde fueron las esencias
De azahar, jazmin y rosa?
¿Dónde la luciente hebilla,
Y las cacareadas borlas?»—
En esto sacó el criado
A don Jabuco ex-corona
Y arrojóle á un lupanar
Lleno de polvo y escoria.
El que desprecia al caido
Tenga por segura norma;
Que nada en la vida es cierto,
Y donde las dan las toman.

EL REMEDIO DE LA JABA.

Un guajiro concienzudo
Que pobre vida pasaba,
Siempre anduvo, flaco y triste
De ver su fortuna escasa.
Llegó un médico á su pueblo
Que todos males sanaba
Segun puso en el aviso:
(Antigua moda esculapia)
En verdad, el tal señor
No debió ser ningun rana;
Pues no habiendo allí botica
¡Qué gloria! se dió sus mañas:
Díjole nuestro buen hombre,
El mal que le atormentaba;
Por cierto era pesadumbre
Y vergüenza—«Eso es nada,
(Contestó el facultativo)
Tómese, amigo, una jaba,
Llénela de tantas piedras
Segun aprietos le asaltan:
Llévela á orillas del río
Los viérnes por la mañana,
Rece una salve y un credo
Y dé con todo en el agua.
No se le dé dos cominos
De murmuraciones vanas,
Que en perdonándole Dios
Lo demás es patarata.»—
Hízolo tal el montero
Y adelantó tierra tanta
Que ya jugaba y debía;
Pero pagar ni por chanza.
En yendo á orillas del río
Los viérnes por la mañana
Rezando su salve y credo
Y echando su jaba al agua,
Ya con todo el mundo en paz
Para su entender estaba:
Y aun hubo vez que pasó
Su mes y más sin echarla.
Vióle cierto amigo un día,
Y preguntó porqué causa
Sin sacar la lotería,
Ni saber que trabajara,
Se veía gordo, bien puesto,
Manejando mucha plata,
Montando hermosos caballos
Y alegre como unas páscuas.
Le contó lo sucedido;
Y el otro que atento estaba,

No hacía más que decir
A cada razón—«¡Caramba!
(Meneando la tontuma,
Y tirándose las barbas)
Si eso no es ser sin vergüenza,
Que me escupan á la cara.»—

Desde entónces, cuando veo,
Algun zángano de marca,
Que juega, pasea, viste,
Come y bebe y no trabaja,
Meneo tambien la cabeza
Y digo entre mí—«¡Caramba!
Este en vez de Le-Roy, toma
El remedio de la jaba.»

NO HAY PEOR CUÑA.

Picó una pulga á un hombre,
Y éste lleno de furia
La dijo al oprimirla
Entre sus largas uñas
—«Porque con sangre humana
Otra vez no te nutras,
Es razón que la muerte
En este instante sufras.»—
—«La fuerza está en tu mano,
Castígame si gustas;
Pero que es injusticia
Te probaré, si escuchas.
¿Por una leve gota
De tu sangre, me acusas
Con pena de la vida?
¿Y tú desde la cuna
No estás sangre bebiendo?
Y de tu misma alcurnia,
¡Cuántos pidiendo sangre
Descienden á la tumba!

Bien, hombres, vuestro adagio
Dice que: *No hay peor cuña*...!
No acabó de hablar, pero
Tuvo razón la pulga.

LA FIGURA DE UN ALMA.

Gran confusión se notaba
En los siervos de una finca,
Y ninguno de su choza
Solo, en la noche salía.
Súpolo el dueño, juntólos,
Y preguntó, qué tenian.
Ellos dijeron que un bulto
En la oscuridad se vía,
Que era como un tigre grande,
El amo dijo—«Magnífica
Anima mea!.. ¡la cruz!..»—
Mas una negra ladina
Contestó:—«Señor, no es eso,
Ese tigre es sin mentira
El alma del mayoral
Que se murió el otro día.»—

EL GRUMETE RETÓRICO.

Preguntándole á un grumete
Por qué razón había dicho
Que él era como Noé,
Del Sumo Dios protegido:
Contestó bamboleando,
—«Dije tal, señores míos,
Porque más de treinta veces
Bien apurado me he visto.
En botes, en bergantines,
En fragatas y navíos,
Naufragué, mas por milagro
Escapé de los peligros;

El ávido ojo del tope,
Perspicaz como el del águila
Ha divisado un objeto;
Obsérvale atento y clama:
«¡Vela, á babor...!»....

El pirata en la Mar.